

CONTRATAPA

Sobre esto y aquello

Del entusiasmo en la política

¿QUÉ ESPERAN LOS ENTUSIASMAS QUE LA VICTORIA ELECTORAL PUEDA SIGNIFICARLES? ¿CUÁL ES LA UTOPIA QUE ENCIENDE SUS PASIONES? O, TAL VEZ HABRÍA QUE DECIR, ¿CUÁLES SON LAS UTOPIAS QUE LES ANIMAN?

Por Ramón Díaz

La mañana del domingo pasado llegué a Montevideo, de vuelta de un viaje. Me impresionó el clima de entusiasmo político que se había apoderado de la ciudad. Era un entusiasmo abrumadoramente frenteamplista. Si dijese que por cada coche con una bandera blanca o colorada podían contarse 20 con la tricolor, seguramente me quedaría corto. Los bocinazos con que se saludaban unos a otros al cruzarse estremecían la atmósfera. Además vi a un par de personas pasearse solas por la Rambla portando una de dichas banderas. Como en un trance místico. He oído que la directiva partidaria a sus seguidores había sido salir temprano y hacerse visibles. Es verosímil; pero una cosa es mandar y otra ser obedecido: allí había genuino entusiasmo.

Lo cual explica mucho de lo que está aconteciendo, pero en modo alguno contribuye a tranquilizar a quienes no somos de los suyos. La política y el entusiasmo forman, en efecto, una pareja despareja; de esas a las cuales es in-

EL ENTUSIASMO DE LOS ELECTORES SOMETE A SUS ELEGIDOS A UNA PRESIÓN PELIGROSA

vitante pronosticar un futuro turbulento. Por razones muy sencillas, como se verá.

La valoración del entusiasmo depende de su objeto. Decimos "sentir entusiasmo" si deseamos apasionadamente algún fin. Etimológicamente, la palabra, que viene del griego, denota inspiración, o posesión, por un dios. No puede referirse a un sentimiento trivial.

En ciertos casos vemos el entusiasmo con coloración positiva. En el atleta, por ejemplo, que se esfuerza por alcanzar la victoria. Siempre que el entusiasmo no nuble su visión de las reglas del juego, nos parece digno de alabanza. Nótese la diferencia que existe con la política, en el ámbito que ahora nos interesa, que es el electoral, o de conquista del poder. Allí la victoria no es un fin en sí mismo, como ocurre en el deporte, sino apenas el principio de una tarea de gran trascendencia. No le es válido a nadie desear la victoria electoral, si no desea al mismo

tiempo, y con igual calor, la transferencia de poder que ella deparará al partido de su elección. Pues bien, hay dos razones por las cuales no es apropiado encarar con pasión esa clase de competencia.

En primer lugar, porque la conquista del poder nunca podrá aportar un resultado que justifique haberla perseguido con entusiasmo. Nunca, en el curso de la historia, se ha dado que el advenimiento al gobierno de un partido, o de un político, haya justificado luchar por ella, no con ahínco, porque el esfuerzo denodado forma parte de las reglas del juego democrático, sino con la clase de sentimientos como los que podría evocar una inspiración sobrenatural.

Para que se entienda bien lo que quiero decir se me permitirá un ejemplo, que tomo de la descripción que un político de izquierda, Pierre Joseph Proudhon, hizo de lo que él sentía y creía que sentían los suyos. "El entusiasmo que nos posee", escribió hace cosa de un siglo y medio, "el entusiasmo por la igualdad... es una embriaguez más fuerte que la del vino, más penetrante que el amor: pasión o furor divinos que el delirio de un Leónidas, de un San Bernardo, o de un Miguel Ángel jamás igualará." No ha habido en la historia ningún resultado político que mereciese ser deseado de esa manera. Tal vez fuese admisible tratándose de una utopía que se volviese realidad; pero las utopías nunca lo hacen.

La segunda razón por la cual el entusiasmo de los electores es inapropiado consiste en que somete a los elegidos por ellos a una presión peligrosa. Estos pueden haber tenido éxito en despertar esa clase de sentimientos en sus seguidores, pero les será más difícil lograr que se contenten con las realizaciones mediocres y ambiguas que, en el mejor de los casos, será cuanto puedan ofrecerles. De hecho serán arrastrados a una lucha contra la realidad. La carga de don Quijote contra los molinos de viento sería una ilustración adecuada. Y resultaría ocioso gastar tiempo en recordarles que, por más que la historia no recuerda ningún caso de un gobernante que haya cambiado cualitativamente para bien la suerte de su pueblo, aquéllos en que la han cambiado cualitativamente para mal no son escasos.

Ortega y Gasset encara el ejemplo más típico de acontecimiento político perseguido con entusiasmo, como sin duda es el de las revoluciones. Recuerda que la política es esencialmente realización y que, por lo mismo, entra en inevitable contradicción con el

espíritu utopista.

Y continúa: "...cada revolución se propone la vana quimera de realizar una utopía más o menos completa. El intento, inexorablemente, fracasa." Por ello, señala el pensador español, las épocas revolucionarias dejan tras de sí una estela de enorme desilusión. "Cuando llega el ocaso de las revoluciones, parece a las gentes este fervor de las generaciones anteriores una evidente aberración de la perspectiva sentimental." Y culmina su raciocinio con una observación eminentemente aplicable a nuestra coyuntura actual: "La política no es cosa que pueda ser exaltada a tan alta jerarquía de esperanzas y respetos. El alma racionalista la ha sacado de quicio esperando demasiado de ella."

Cuando cunde la convicción



de la vanidad del utopismo, ¿cuáles pasan a ser la fisonomía y el papel de la política? Esta, observa Ortega, luego de haberse situado en el centro de los afanes humanos, "...queda convertida en un menester, como tantos otros que son ineludibles, pero no atraen el entusiasmo ni se sobrecargan de un patetismo solemne y casi religioso." Esto le hace a uno pensar en Estados Unidos, donde el porcentaje de votantes no suele superar el 50%, ningún automóvil aturde con su claxon a los transeúntes, ni los emblemas partidarios se despliegan fuera de los recintos en que las respectivas convenciones se celebran. Y tal vez sea la situación de innumerables otros países. ¿No habla acaso Ortega en pasado de los tiempos del entusiasmo político, en un libro cuya primera edición es de 1938?

La cuestión crucial, entonces, versa sobre la razón que pueda haberle deparado a Uruguay esa marea de entusiasmo que había inundado a su capital, y sin duda a otras partes del país, el domingo pasado. ¿Qué esperan los entusiastas que la victoria electoral pueda significarles? ¿Cuál es la utopía que enciende sus pasiones? O, tal vez habría que decir, ¿cuáles son las utopías que les animan? Porque casi seguramente —y sobre esto he de volver en breve— hay en juego una pluralidad de objetivos, según las personas. Que, como rasgo común, tienen sólo el de ser utópicos. O sea que una multitud de uruguayos, justamente ahora, cuando la actualidad y la historia inmediata sólo muestran, a propósito del gobierno de la izquierda en el mundo, la catástrofe del socialismo real y la convergencia de la socialdemocracia con los regímenes de centro, se ha lanzado tras una quimera que, cuando todavía alentaba múltiples ilusiones por la faz de la tierra, les dejaba relativamente indiferentes. Son preguntas ineludibles, pero el espacio se me ha acabado, y habrá que esperar a una próxima oportunidad.

